

sión causada la noche del estreno, á pesar de que la hermosa obra fué representada en pésimas condiciones, conforme á una costumbre ya inveterada en nuestros teatros. Falta de ensayos, con masas corales reducidas, con una orquesta insuficiente, con algunos artistas improvisados, y para colmo, con una presentación escénica defectuosa, sin tener en cuenta que, dadas las condiciones del drama lírico moderno, es de imprescindible necesidad que todo, absolutamente todo, decoraciones, efectos de luz, trajes, acción mímica, etcétera, etc., contribuyan unánimemente á producir el efecto deseado por el poeta y el compositor. ¡Ah, si *Los Pirineos* hubieran sido representados como merecían! Tengo por seguro que el efecto hubiera sido triple, dado que, no obstante ciertos detalles verdaderamente ridículos—tal es la calificación exacta—, la inmensa vitalidad de la grandiosa concepción ha llegado al público, que con un criterio justo ha apreciado en su valor real y efectivo todo lo que las deficiencias de la interpretación le han consentido.

Sólo una de las intérpretes, la señora Parsi Petinella, ilustre creadora del personaje de Rayo de Luna, ha estado á la altura de su cometido. Actriz y cantante de primer orden, poseedora de una hermosa voz de mezzosoprano, ha sabido entender, lo que habla muy alto en favor suyo, el interesante tipo de la heroína. Su nombre quedará unido á esta fecha gloriosa y memorable de la

historia de nuestro arte. Obrando con rectitud, se debe reconocer que algunos otros intérpretes cumplieron muy bien y demostraron excelente voluntad. Tan generoso esfuerzo les debe ser tenido en cuenta.

Entre ellos figuran la señorita Grassot, que aunque falta de autoridad representando á Ermesinda de Castellbó, dijo con bastante poesía la delicada parte de Lisa; el barítono señor Bensau-de, cantante de valía, que desempeñó con bastante acierto el bardo de los Pirineos, Sicart de Marjevols y el almirante Roger de Lauria; y el tenor señor Iribarne, muy discreto Miraval, aunque no tan afortunado conde de Foix. Este último merece elogios por lo bien que cantó y representó su amoroso coloquio con Brunisenda de Cabaret. Respecto del señor Escurcell, que se encargó de la parte de protagonista cuarenta y ocho horas antes del estreno, debe dispensársele mucho, pues realizó una verdadera proeza. El personaje de Roger Bernardo de Foix, un tanto obscurecido en las primeras representaciones, comenzó á tomar mayor relieve cuando fué desempeñado por el señor Grani, y entonces el público pudo saborear las grandes bellezas que encierra la segunda parte de la trilogía. Quien merece toda suerte de aplausos es el maestro señor Goula, que ha puesto incondicionalmente todas sus facultades y su larga experiencia al servicio de la obra pedrelliana, trabajando con gran entusiasmo, lo-

grando á fuerza de constancia vencer prevenciones injustificadas y consiguiendo en resumidas cuentas verdaderos milagros.

No obstante haberse visto tan sólo por una mala fotografía el grandioso cuadro lírico concebido por la poderosa fuerza creadora de Pedrell, *Los Pirineos* se han impuesto y el éxito franco y espontáneo de la primera noche ha ido creciendo de día en día. La prensa de Barcelona, con todos sus diversos matices, si hace reservas sobre el libro, es unánime en reconocer la bondad indiscutible de la música. Á nadie se oculta que la nueva obra, inspirada en altos ideales patrióticos, había de despertar ciertas susceptibilidades por parte del elemento modernista catalán, que aun en materia de arte se complace en fomentar el odio entre los hermanos. Pero la belleza y la bondad son fuentes de luz y la luz disipa las tinieblas, y el genio de Pedrell ha acabado por triunfar en toda la línea, imponiéndose á todos sin distinción de clases ni de ideas. Como prueba de cuanto afirmo, me limitaré á copiar lo dicho en el *Diario de Barcelona* por el señor Suárez Bravo, uno de los contados críticos musicales que en España existen: «Repetimos que ese éxito clamoroso del momento que se produjo al terminar el prólogo y en otros varios pasajes de la obra, no era necesario. No; la obra del insigne maestro es de las que labran surco de un modo lento, pero seguro; y mientras labra el surco ya deposita

en él el germen, porque lo lleva latente, pero lleno de promesas para el porvenir.»

¿Se realizarán tales presagios? En principio creo que sí. Pedrell se halla aún en plena fuerza creadora y puede y debe dar hermanos á sus grandiosos *Pirineos*. Un grupo de discípulos suyos, entre los que figuran artistas de tanta valía como Albeniz, aplaudido en el mundo entero; Granados, á quien Massenet llamara el Grieg español; Luis Millet, Domingo Mas y tantos y tantos otros, pueden y deben también seguir las huellas del maestro, trabajando con fe y entusiasmo, aunque sin grandes esperanzas. Porque ¿á qué negarlo? aunque la generalidad reconozca que estamos al principio de un renacimiento de nuestro arte, tengo por seguro que tan generosos esfuerzos no hallarán ni protección ni amparo.

Por el pronto *Los Pirineos* deberían ser representados en Madrid, para que la capital ratificase el éxito obtenido en Barcelona. Después convenría que se abriesen nuestros teatros, si no con esplendidez, al menos con generosidad, á los jóvenes compositores que deseen trabajar, teniendo en cuenta que los genios se forman poco á poco, y que por una obra maestra que se produzca, se encuentran una infinidad de obras medianas. De las innumerables óperas que se estrenan en Italia, Francia y Alemania todos los años, apenas si una ó dos llegan á nosotros, y muchas veces la

partitura seleccionada con tanto esmero, resulta de muy relativo valor.

Cultivemos nuestro jardín. Adoptemos la divisa del maestro Pedrell. *Por nuestra música sea el santo y la seña de los aficionados al arte de los sonidos, y yo confío que el esfuerzo de todos será productivo y que en breve la música española será de nuevo tan grande como lo fué cuando Morales, Guerrero y Victoria admiraban al mundo.*

Mas para realizar tan hermoso ideal hace falta la desinteresada cooperación de todos. Los músicos, por su parte, cumplirán su misión estudiando música y otras muchas cosas que aunque no lo parezca hacen también falta para componerla con criterio y discernimiento. El público, á su vez, dejando á un lado toda prevención injustificada, escuchando con benevolencia y juzgando sin prejuicios, que no todo cuanto á diario aplaude es prueba de su buen gusto. El primer monumento de nuestro arte que ya existe, y son *Los Pirineos*. Acojamos, pues, la obra con cariño y aplaudámosla como merece, sin preocuparnos de aquellos que teniendo ojos y oídos, ni quieren ver ni quieren oír. Para tales seres es inútil que nazca la primavera ó que salga el sol.

### Post-scriptum

Nada tengo que añadir á cuanto he dicho. La temporada de invierno del teatro del Liceo de Barcelona ha terminado, y en sus cincuenta representaciones *Los Pirineos* fueron ejecutados *once veces*. La prueba clara y terminante del éxito no puede ser más contundente.

He asistido á siete de dichas representaciones, y en cada una de ellas he visto el creciente interés del público sincero y de buena fe que acude al teatro libre de prejuicios y sin reticencias de mal género. Los aplausos—lo afirmo lealmente—han aumentado de día en día, y fragmentos que en las primeras audiciones no fueron apreciados de modo conveniente, causaron, al ser mejor conocidos, extraordinario efecto. Pero el respetuoso silencio del público que escuchaba la partitura con marcada atención, me parece la demostración más palmaria que pueda exigirse de que se daba plenamente cuenta de la importancia y grandeza de la obra, y que pretendía percatarse á conciencia de sus innumerables bellezas. Hay que reconocer que, como siempre, nuestro pueblo dió pruebas de su fina perspicacia y de su intuición maravillosa.

Por su parte, la crítica barcelonesa se mostró unánime en juzgar la creación pedrelliana como de mérito singular, reconociendo al propio tiempo toda su legítima trascendencia. Pudo haber distingos y vacilaciones en cuanto á las tendencias del poema, pero en cuanto concierne á la obra musical, todos á una convienen en que se trata de la manifestación artística más importante que hasta el día se ha realizado en España.

Al llegar aquí, quiero consignar mi gratitud á mis compañeros—hoy mis amigos—los críticos musicales de Barcelona, dedicando un cariñoso recuerdo á Isaac Albéniz y Enrique Granados, dos artistas insignes; á don Francisco Suárez Bravo, el culto y elegante escritor; á don Salvador Samper y Miquel, tan ingenioso como erudito; á don Joaquín Pena, el denodado campeón del wagnerismo; á los señores Roca y Roca, Lamothe de Grignon, Borrás de Palau y tantos otros que me distinguieron y agasajaron sobremanera. Á todos ellos gracias sinceras, con la seguridad de que sus nombres quedarán unidos al recuerdo de un acontecimiento para mí inolvidable.

Y cumplido este grato deber, sólo me resta despedirme del lector pacientísimo que me haya leído hasta el fin, deseándole en justa recompensa de haber soportado mi desabrida prosa, que pueda escuchar algún día *Los Pirineos* y saborear sus innumerables bellezas, asegurándole que si procede de buena fe y no se deja influir por ridículos

prejuicios, acabará por exclamar conmigo: *Ya tenemos ópera española.*

*Barcelona-Madrid, Enero de 1902.*

### Otrosí póstumo

No faltará quien se pregunte cómo después de tamaño éxito *Los Pirineos* no han vuelto á ser representados. La explicación es obvia, y se reduce á que la absurda constitución de nuestros teatros líricos no lo consiente. Cuestión es esta capital y de importancia definitiva para la vida del arte nacional. Nada podrá perdurar mientras las compañías no tengan una base fija y determinada. En efecto, ¿cómo llegar á formar un repertorio con artistas advenedizos, contratados casi siempre por un escaso número de funciones y poco dispuestos á estudiar ninguna obra nueva? Además, los cantantes italianos que pululan por nuestros teatros suelen por lo general ignorar los más elementales rudimentos de la música. La Naturaleza suele dotarlos pródigamente, pero ellos hacen bien poco por justificar y agradecer tamaños dones. Cuanto más saben cantar dos ó tres partituras—si es que las saben—aprendidas de memoria á manera de doctrinos ó papagayos. Por esa razón estamos condenados á oír de continuo las mismas obras,

sin salirnos jamás de un círculo vicioso. Si por casualidad se hace algún pinito, la representación de *Los maestros cantores* en Madrid ó de *Los Pirineos* en Barcelona, el hecho equivale á una raya en el agua. Tiempo y dinero perdidos, pues á la temporada siguiente es casi seguro que no volverán á reunirse los elementos necesarios para reproducir el acontecimiento.

Desde hace veinte años la base del repertorio de nuestros teatros es la misma. Una serie de antiguallas trasnochadaa que ya nadie soporta en ninguna parte del mundo. He tenido ocasión de visitar los primeros teatros de Europa, y en todas partes he oído cantar en el idioma nacional. Así sucede en Italia, Francia, Alemania, Rusia, Suecia, Dinamarca, Holanda y Bélgica (pues existen teatros de ópera flamenca con vida y repertorio propio). Sólo en España hemos de vivir de prestado y pagar un tributo ominoso á un arte anticuado que ya no es ni con mucho el primero del mundo.

¿Podrá darse prueba mayor de nuestra inmensa y abrumadora incultura?

Por eso mismo, ya que no queremos reaccionar, habremos de soportar resignados, como tantas veces ha sucedido, que los extranjeros, sonriéndose de tamaña ignorancia, vengan á enseñarnos lo mucho bueno que tenemos en casa sin saberlo apreciar.

*Noviembre 1909.*

## LA GUITARRA ESPAÑOLA Y MIGUEL LLOBET